

Mt 25:14-30; 1 Tes 5:1-6; Prov 31:10-13, 19-20, 30-31 Temor del Señor

El Día del Juicio--el Día del Señor--vendrá como ladrón en la noche (1 Tes 5:2). No sabemos cuándo ni cómo. Pero si lo supieras, ¿qué harías? ¿Visitarías con familia? ¿Pedirías perdón? ¿Comprarías un seguro de vida? ¿Harías una grande donación a la Iglesia? Tal vez deberías hacerlo de todos modos.

San Pablo dice: No temas al ladrón en la noche (1 Tes 5,4). Porque somos hijos de la luz (1 Tes 5, 5). La luz de Jesucristo resplandece en la oscuridad, y la oscuridad no puede sofocarla (Jn 1,5).

Entonces, ¿cómo es posible que no estemos preparados? (1 Tes 5:6).

Considere la parábola. *Un hombre que iba a salir de viaje llamó a sus servidores de confianza y les encargo sus bienes. A uno le dio cinco millones; a otro, dos; y a un tercero, uno, según la capacidad de cada uno (Mt 25:15).*

De la misma manera, Jesús salió de viaje cuando ascendió al cielo. Y Él nos encargo con muchos dones... dones que debemos usar para hacer la obra de Dios.

¿Cuáles son esos dones? Nuestros dones naturales son nuestro tiempo, talento y tesoro.

Pero lo más importante es que nuestros dones espirituales son: los siete dones del Espíritu Santo, que son sabiduría, inteligencia, consejo, fortaleza, ciencia, piedad y temor del Señor (Is 11:1-2).

Recibimos esos dones ya en los sacramentos, especialmente en el bautismo, la confesión y la Sagrada Comunión... donde también recibimos el don de la gracia de Dios. Eso significa que nuestras virtudes humanas (los buenos hábitos) son facultados.

La prudencia es hacer lo que es correcto y bueno (CIC 1806). La justicia es hacer lo correcto para Dios y para el prójimo (CIC 1807).

La fortaleza es la fuerza de Dios para soportar y resistir las tentaciones (CIC 1808). Y la templanza es controlar nuestros deseos (CIC 1809).

No solo eso. Las virtudes teologales se nos infunden en el alma: la fe significa que creemos en Dios (CIC 1814).

La esperanza significa que deseamos el cielo (CIC 1817). Y la caridad significa que amamos a Dios y a nuestro prójimo, simplemente porque amamos a Dios (CIC 1822).

La clave es esta: solo tenemos que actuar como si ya tuviéramos todos estos dones.

Volvamos a la parábola: ¿Qué hicieron los servidores con sus dones? Los dos primeros duplicaron su dinero (Mt 25:16-17). Pero el tercero hizo un hoyo y allí escondió el dinero (Mt 25:18). ¿Por qué? Porque tenía miedo.

Tenía miedo de arriesgarse a perder el dinero porque su amo era *un hombre duro* (Mt 25:24). Y ese miedo lo hizo egoísta. Estaba más preocupado por sí mismo y por su propia seguridad que por servir a su amo.

A nosotros nos puede pasar lo mismo. Estamos inclinados a usar nuestros dones para satisfacer nuestros propios deseos egoístas--no para servir a Dios, sino para servirnos a nosotros mismos--amasando riqueza, poder y placer.

Así cometemos el pecado de omisión-- de no hacer el bien que estamos llamados a hacer.

Porque en el día del juicio, no importará si decimos: "Yo no cometí ningún pecado". Eso no es suficiente. La fe sin obras está muerta (Stg 2:17). Lo que importa es: ¿usamos los dones que Dios nos ha dado para hacer la obra de Dios?

A los siervos que usan sus dones para hacer la obra de Dios, el Señor les dirá: *Bien hecho, mi servidor bueno y fiel... Ven a compartir la alegría de tu amo* (Mt 25:21, 23).

Y a los siervos que entierran sus ofrendas, el Señor les dirá: *¡Servidor malo y perezoso!* (Mt 25:26). *Quítenle el millón y dónselo al que tiene diez* (Mt 25:28).

Eso significa: úsalo o piérdelo. *Al que tiene, se le dará y le sobraré; pero al que tiene poco, se le quitará aun eso poco que tiene* (Mt 25:29).

Y al servidor malo y perezoso, y egoísta: *échenlo fuera, a las tinieblas. Allí será el llanto y la desesperación* (Mt 25:30).

¿Qué podemos hacer para que no nos pase lo mismo? Tenemos que vivir en temor del Señor.

La primera lectura se trata de la esposa ideal. Su valor vale mas que perlas (Prueba 31:10). Ella hace el bien, no el mal (Prov 31:12).

Ella sirve a su esposo con manos amorosas (Prov 31:13). Y extiende sus manos a los pobres, y las tiende a los necesitados (Prov 31:20).

Ella somos nosotros. Así debemos usar nuestros dones. ¿Te diste cuenta de que su belleza no provenía de su apariencia física, sino de su carácter y sabiduría? Y su sabiduría provenía del temor del Señor (Prov 31:30).

El temor del Señor no es temor al castigo. El temor del Señor es un temor causado por el amor. Tememos ofender a Dios y perderlo por el pecado, porque lo amamos. Y estamos asombrados de Él porque es tan hermoso, grande y poderoso.

Cultiva ese don con la oración diaria y la adoración aquí en la misa. Examina tu conciencia y ve a la confesión. Ve a la adoración y contempla la majestad de Dios.

Lo sabrás cuando lo tengas. Porque estarás motivado a evitar el pecado, hasta la ocasión cercana al pecado. Vas a querer hacer penitencia para el perdón de tus pecados. Y te motivará a hacer la obra de Dios simplemente porque lo amas.

Y como dice el salmo: *¡Dichoso el que teme al Señor, y sigue sus caminos!* (Sal 128:1). Hay que seguir siempre Sus caminos--el camino, la verdad y la vida, que es Jesucristo. ¿Cómo?

Ora por la gente. Perdona a la gente. Sana a la gente y expulsa a los demonios con el amor y la paz de Jesucristo.

Evangeliza a la gente compartiendo tu historia de fe. Y sirve a la gente cuidándolos, amándolos y haciendo cosas buenas por ellos como lo hizo Jesucristo por ti!

No importa si los dones que Dios te ha dado son cinco, dos o solo uno. Usa tus dones para vivir en temor del Señor.

Camina en Sus caminos y haz Su obra, lleva la cruz y salva al mundo--porque para nosotros, a quienes mucho se nos ha dado, mucho se espera para la gloria de Dios.